

la protesta

publicación anarquista

Buenos Aires
Año LXX
N° 8105
Diciembre
de 1966
PRECIO
10.-

La "Revolución Argentina"

OTRO FRACASO AUTORITARIO

Uno de los latiguillos preferidos por los teóricos de la política en la Argentina es que el país sufre desde hace medio siglo una crisis de la clase gobernante; esta frase es muy fácil y rápidamente convertida en "crisis de autoridad", lo que se traduce finalmente en que somos suficientemente mandados.

Durante el desencadenamiento de la primera guerra mundial la Argentina ocupaba el primer lugar, después de la India, como área de inversión del capital británico, sin necesidad de gastar un solo penique en fuerzas de ocupación y en mantenimiento del gobierno civil. Durante más de 130 años la economía del país fue manejada en función de los intereses ingleses mancomunados con los exportadores agrícola-ganaderos locales. Asegurado este aspecto esencial de la política de dominio, éste era puesto en peligro por los cambios que se fueran operando en las formas exteriores de gobierno. Formas que estuvieron siempre a la zaga de las evoluciones políticas ocurridas en el viejo continente como consecuencia de los factores sociales en juego y las ideologías vigentes en esa época. Hasta llegar a la epifanía "democrática" de 1912/30.

Actualmente, fuera de toda duda, la Argentina se encuentra dentro de la esfera de los intereses político-económico-militares de Norteamérica. La actitud del nuevo imperio occidental hacia los países de su órbita, en particular la Argentina, no puede ser resumida en la línea, por cierto simplificada, que hemos intentado para Inglaterra. Las circunstancias en que se dan ahora las pujas por el poder son mucho más complejas. Los conflictos de intereses económicos entre las potencias están enmarcados en una lucha entre sistemas sociales. Y la política seguida por la potencia líder del lado occidental dista mucho de ser coherente. Sin embargo, podemos distinguir en primer lugar los clásicos sectores económicos-financieros, simbolizados por Wall Street, para los cuales el problema sigue

siendo extraer el máximo beneficio posible del capital. Así, en la industria manufacturera, por ejemplo, cuyo rendimiento en el país de origen es del 5 al 8%, requiere como ganancia mínima en países como el nuestro el 35%, lo que equivale a una verdadera rapiña para la cual todos los medios son buenos.

Los "cabeza de huevo" del Departamento de Estado plantean una política de más largo plazo. La principal pre-

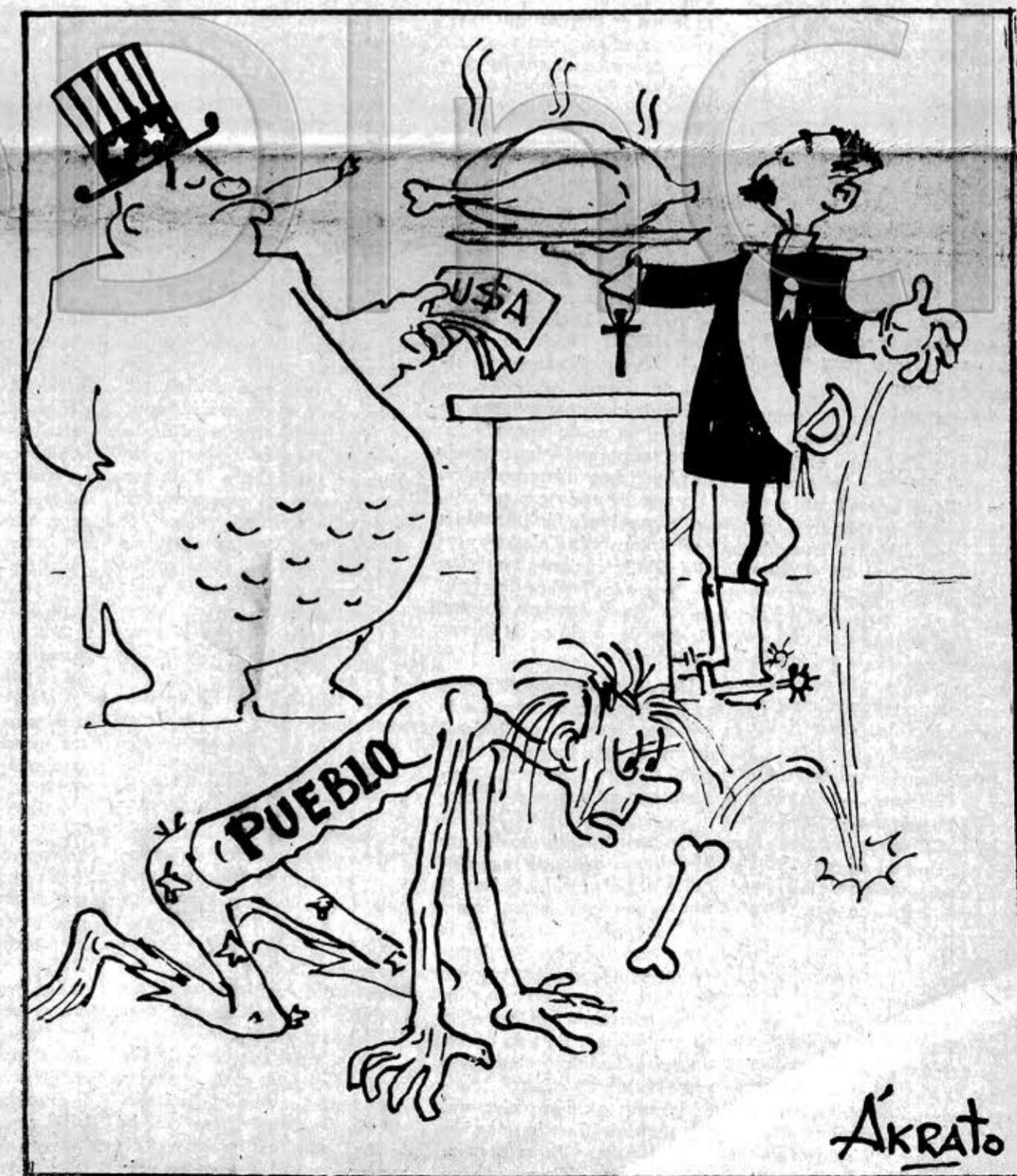
ocupación consiste en evitar en países de la órbita de los EE UU situaciones de crisis extrema que conduzcan a estallidos sociales, peligrosos para el mantenimiento del sistema. Para ello consideran la imperiosa necesidad de mejorar o al menos frenar el creciente deterioro del nivel de vida de las masas latinoamericanas. Esto requiere inevitablemente cierto grado de desarrollo tecnológico y como condición previa una reforma

agraria, tendiente a eliminar las formas antieconómicas de explotación de la tierra, y una modernización del impuesto, de manera que se grave la renta y no el consumo. Medidas éstas que son tildadas por las oligarquías latinoamericanas, entre ellas la nuestra, como "francamente comunista".

Por otra parte esos mismos intelectuales, consideran que la única manera de acelerar el proceso para llegar al des-

arrollo de los países atrasados es mediante gobiernos autoritarios que conduzcan compulsivamente el ahorro y las inversiones nacionales hacia los fines propuestos. Pero, además, dichos gobiernos deben contar con una base de legitimidad y consenso popular, pues de otro modo se provocarían conflictos que se trata de evitar.

Por último tenemos a los señores de la guerra, los jefes (SIGUE EN PAG. 2)



FRANCO y sus Cómplices de Siempre

La guerra de España fue uno de los grandes crímenes del siglo. Un millón de hombres fue inmolado para la restauración de la Inquisición bajo la no disimulada complicidad del mundo occidental y cristiano. (1) Además de los que actuaron militarmente pretendiendo utilizar al falangismo, trasplantando la imagen de sus propios gobiernos nazifascistas, hubo cómplices pasivos. Los países "antifascistas" "dejaron hacer", a pesar de la estrategia internacional del momento, por miedo a que la revolución social, que ya se encendía en España, se extendiera a sus propios territorios.

El pueblo ibérico fue, pues, masacrado, en tanto las más variadas corrientes mercenarias aprovechaban toda clase de circunstancias para hacer su negocio de ello. Una vez afianzado Franco como líder seleccionado por la Iglesia y la Falange para actuar como verdugo inquisitorial —habiendo finalizado la "guerra experimental" de las potencias nazifascistas—, comenzó en España una nueva etapa: el castigo a los "culpables" sobrevivientes. Otro largo silencio de complicidad ratificó entonces la anterior actitud de Europa y Occidente. Pero la magnitud de la matanza y el grado de barbarie de los órganos de poder anularon toda posibilidad de trabajo creador o de esfuerzo popular. El resultado fueron 20 años de desocupación, miseria y desnutrición en toda la península, que culminaron finalmente en la amenaza de colapso total para el régimen de Franco.

Pero al fin de la guerra mundial, con la derrota del nazismo y de Japón, el "surgenimiento" del "problema comunista" llevó a Occidente a replantear su estrategia y a analizar posibilidades en todos los países. ¿Cuál era el panorama de España en ese momento? Un país industrialmente devastado, diezmado por desnutrición y enfermedades y socialmente resentido, pero con características propias explotables comercial y militarmente.

El Departamento de Estado norteamericano —fortalecido por el Pentágono— y el Vaticano —dispuesto siempre al cambio con tal de no perder posiciones— vieron claro el panorama. Palparon por otra parte algo más: que el deterioro social español era el mejor caldo de cultivo para que el espíritu insurreccional se fortaleciera y pusiera en peligro la estabilidad del régimen a plazo relativamente corto. Preparar el terreno para una salida compatible con la línea "occidental y cristiana" pasó entonces a ser el objetivo. Desde dentro y desde fuera se co-

menzaron a tejer hilos para una etapa de transición. Franco, a su vez, aprovechó para vender a EE. UU. el derecho de instalar bases militares e iniciar así un intento de resquebrajamiento económico, en base a la entrada de divisas. Pero como esa fuente no bastaba tuvo que recurrir a la otra que quedaba: el turismo. Si un precio había sido el comprometer a su gobierno en una probable intervención bélica, el nuevo costo preocupaba más a Franco: que se pudieran aflojar los resortes de su estructura totalitaria a raíz del movimiento de fronteras. Sin embargo, no había opción posible: transar o sucumbir. De esa manera, control de personas, contacto con grupos del exilio e intercambio de material impreso, pasando por la "cortina" española, reactivaron inquietudes largamente sometidas y reconectaron los diseminados grupos de oposición que nunca pudo evitar del todo la tiranía. La prensa extranjera, por su parte, al tener acceso directo al país, se constituía, además, en un fuerte factor de desprestigio internacional al testimoniar que a más de veinte años, aún arrebata la crisis económica.

Tanto el Vaticano como Estados Unidos, encontraron entonces en ese panorama, además del motivo, el medio utilizable para su política de retroceso respecto a su anterior apoyo incondicional a Franco. Por otra parte esa era ya la actitud de ambos en el resto del mundo. El Vaticano, desde Juan XXIII, yendo al juego de la demagogia con sus partidos de "izquierda" en otros países; y el Departamento de Estado, en su desesperado intento propagandístico a través de planes de ayuda económica. A pesar de todo ese trabajo, no les resultaría fácil debido a que Franco y la Falange, percibiendo intenciones, tratarían de frenar los hechos de algún modo para tener, a su vez, tiempo de digitar el futuro inmediato.

Hoy, cuando todo el proceso ha llegado a su punto culminante, surge la posibilidad de que España ingrese al Mercado Común Europeo. Pero tiene que adaptarse a la carta orgánica que establece la obligatoriedad de que los gobiernos participantes sean elegidos por el pueblo. Salvar el nuevo obstáculo, pues, impone la necesidad de realizar la farsa actual de las elecciones. No es la primera vez que un Estado fascista, tras larga e intensa represión, realiza elecciones "libres". Partido único, un solo candidato designado por el gobierno, control de toda la propaganda preelectoral por parte del Estado, elección presionada por la estructura policíaca, etc. Como alguna

vez lo hicieron la Alemania nazi o la Italia fascista —con ciertas variantes propias—, Franco se lanza al juego. No debe extrañar entonces su nueva medida. Pero lo que sí cabe destacar es la actitud de todas las fuerzas que tratan de utilizar el hecho para desplazar a la Falange del control de la dictadura. La Iglesia Católica y el Departamento de Estado norteamericano, junto con todos los países occidentales que se amparan en la política yanqui, y muchas fuerzas anteriormente opositoras al régimen franquista, pretenden que hay realmente "una democratización", como si la presión totalitaria casi no existiera. Son los mismos que cuando la U.R.S.S. realiza una

Otro Fracaso Autoritario

(VIENE DE PAG. 1)

del Pentágono, para quienes lo mejor es tener en dichos países un general "amigo" y fácilmente manejable, y no gobiernos civiles que muniendo de las mejores intenciones, son influenciados y se deben a un electorado.

Conviene no olvidar que el reclamo al general no es exclusivo del Pentágono, sus enemigos tratan de valerse del mismo recurso para idénticos fines estratégicos.

En relación a lo antedicho tratamos de ver a la Revolución Argentina en el único aspecto hasta ahora más o menos claro de su política: la economía.

Dicen que esta última revolución fue promovida por el Pentágono en contra de la política del Departamento de Estado: puede ser. Este gobierno no es el grupo autoritario que pueda impulsar el desarrollo del país para oponer una sociedad más estable al avance comunista. Si a alguien representa es justamente a las minorías que considerarán "comunistas" al plan Kennedy.

La distribución del poder real dentro del país se diferencia poco de la que se daba a principios del siglo. El proceso de industrialización realizado desde entonces no ha producido una burguesía independiente, capaz de imponer estructuras socio-económicas que le sean favorables (un intento fallido pudo ser Frondizi). Los sectores más fuertes de la industria y el comercio locales se identifican social y económicamente con la clase terrateniente.

En el otro extremo de la escala social, la clase trabajadora, tenemos que el limitado efecto de presión que con la actitud vindicativa tuvo el movimiento obrero en las pri-

meras décadas del siglo fue desplazado por las negociaciones políticas de los dirigentes sindicales y una actitud marcadamente conformista, hasta el momento, de las masas obreras. En el campo nada ha cambiado: sigue el latifundio mal explotado junto al minifundio antieconómico agravado ahora por el exodo campesino a la ciudad, donde las probabilidades de empleo disminuyen constantemente.

No hay entonces tal crisis de autoridad. El país sigue gobernado por las mismas vacas de siempre. Se trata de una minoría ultrarreaccionaria, no ya desde el punto de vista de las finalidades del socialismo, sino de la evolución del propio capitalismo. Una minoría que en contra de la actual coyuntura histórica y en contra de sus propios intereses a largo plazo, con tal de acrecentar sus beneficios inmediatos sectoriales, está dispuesta a enajenar otras fuentes actuales y potenciales de riqueza.

Las medidas económicas y financieras que viene tomando el gobierno indican bien a las claras el propósito de "poner en su lugar" a los "cabecitas negras" y a los "hijos de gringo" que intentan disputar el poder y la riqueza del país a sus verdaderos dueños. La receta es muy simple, se trata de encarecer los productos básicos para de ese modo aumentar las ganancias del sector capitalista en el mercado interno así como los saldos exportables, con los mismos fines.

Las perspectivas son desastrosas para el nivel de vida de las clases populares. Esta política, manejada mediante la constante desvalorización de la moneda, restringe las posibilidades de vida de los trabajadores. Al mismo tiempo contrae el ya disminuido merca-

do interno para otros productos de segunda necesidad, concretamente productos industriales, con la secuela de recesión industrial y desempleo.

Pero esta descabellada idea de volver a una minoría pastoril, que ya no es realizable, porque no existen las condiciones internas y externas que en un momento la posibilitaron, está condenada al fracaso.

Cuando la situación económica de los trabajadores baje de cierto nivel; cuando la desocupación se generalice y amenace el hambre, la capacidad de maniobra de los dirigentes sindicales se habrá agotado y la masa de los desposeídos tomará como otras veces el camino de la acción directa. Puede que algunos señores todavía piensen que el asunto se arregla con algunos milicos en la calle, y que aún están dispuestos a la guerra social. Dudamos que se lleve a tal extremo.

Por grande que sea el poder interno de los señores de vacas, etc., su grado de libertad es limitado y sus ganas de jugarse también. Existen en el país otras fuerzas, además de las masas obreras, que en caso de crisis actuarían con potencial multiplicado. Esto, dentro de las conocidas circunstancias internacionales.

Sería aventurado hacer predicciones sobre la probable solución para la actual coyuntura; recordemos que en un caso parecido el resultado fue el peronismo. Nos inclinamos a pensar que de seguir el actual régimen en esta actitud tan a contramano de cualquier lógica política, no podrá perdurar y que se intentará alguna salida de compromiso, del tipo que se viene dando en el país desde 1930.

LORENZO

(1) Creemos que los bolcheviques fueron también de alguna manera culpables del triunfo franquista, pero no nos interesa asociarlo al tema de esta nota.

LA AUTOSENSURA

EL MEJOR ALIADO DEL REGIMEN

En su primera etapa las dictaduras suelen abundar en hechos violentos. Las modificaciones de las estructuras de poder para montar su aparato de represión suelen encontrar resistencia activa en todos los niveles, los sociales, lo que obliga a los núcleos gobernantes a echar mano de la violencia "por esa sola vez" hasta que las cosas se "normalicen" y el engranaje totalitario comience a funcionar sin hacer ruido. Sin embargo la "Revolución" Argentina recurre poco a la violencia, aún habiendo declarado su intención de eliminar hasta el último vestigio de oposición potencial y a pesar de su evidente espíritu antipopular. El hecho universal constituye uno de sus pocos actos violentos ostensibles, y eso debido en gran parte a la represión desproporcionada de la resistencia estudiantil. En otros ambientes han ocurrido reformas autoritarias sin resistencia visible lo que hace pensar que la actitud general del resto del país es de sometimiento sin lucha. Las causas son varias; pero de una u otra manera señalan la existencia de una actitud conciente de muchos sectores.

El reflejo de toda esa actitud general de autocensura de los medios de difusión se hace extensivo a todos los órdenes afectando no sólo a semanarios políticos y publicaciones aisladas sino también a todo el ámbito comercial que los condiciona y que sin lugar a dudas repercute en otros niveles literarios y culturales.

Los sindicatos de la CGT, por su parte, convertidos desde hace tiempo en núcleos politizados y burocráticos de la democracia burguesa —para lo cual dejaron de lado sin preocuparse la lucha revolucionaria— negociaron su incondicionalidad al nuevo régimen buscando ventajas aparentes, que den a sus élites dirigentes el prestigio necesario para perdurar. Entre otras insólitas actitudes brindaron el silencio estregulista frente a la emisión de la ley del control de huelgas que constituye su lugar a dudas la mejor arma gubernamental para dominar totalmente la más mínima actitud de resistencia de la clase obrera. Costó de la vida política económica o reconocimiento de elementales derechos quedaron a merced del grupo dictatorial, de ese modo ahora con fueros legales para ejercer ilimitadamente su voluntad sobre el movimiento obrero.

Pero los dirigentes de Luz y Fuerza, Ferroviarios, Empleados de Comercio y otros gremios fuertes sabían desde el primer momento quien era el gobierno; sabían también que las persecuciones no eran halagüeñas ni mucho menos; sin embargo, en la ambición de mantener posiciones personales de predominio y de influencia con los grupos militares sacrificaron las mas elementales actitudes de lucha que la situación exigía. Hoy tal vez, cuando es el gobierno el que lo quiere, las primeras consecuencias graves de esa política intencional de autosometimiento comienza a sentirse. Los gremios portuarios y de trasportes han sido los primeros en ser atacados y como consecuencia de la autocensura especulativa de sus dirigentes fueron tomados por sorpresa sin estar preparados eficazmente para una lucha.

Otros sectores de la actividad social sufren las consecuencias de todo ese complejo panorama de autocensura: núcleos culturales y artísticos, círculos literarios, entidades profesionales, etc. Pero donde más se nota la influencia directa es en el hombre de la calle, receptáculo en última instancia de todas esas fuentes de la vida social. El hombre medio no puede extrañar y deducir las motivaciones del proceso porque está in-

social. Por otra parte, esas tendencias respaldan la conducta de los dirigentes comprometidos individualmente con grupos de poder, actúen éstos en función de gobierno o de algún "contra golpe" en marcha que sirva mejor a sus intereses.

Consecuencia en parte de esa autocensura de la política partidista y del clima de cobardía que respira todo el periodismo en general, la prensa "ideológica" también ha caído en la complicidad con la dictadura. Sea por demagogia nacionalista por su afán de promover una nueva "libertad" o por seguir la línea especulativa de la izquierda, no han vacilado en reconocer la autenticidad del régimen tratando de ganar sus simpatías y lograr influenciarlo, o intentando simplemente asegurar de esa forma su salida a la calle con la anuencia del gobierno.

Los sindicatos de la CGT, por su parte, convertidos desde hace tiempo en núcleos politizados y burocráticos de la democracia burguesa —para lo cual dejaron de lado sin preocuparse la lucha revolucionaria— negociaron su incondicionalidad al nuevo régimen buscando ventajas aparentes, que den a sus élites dirigentes el prestigio necesario para perdurar. Entre otras insólitas actitudes brindaron el silencio estregulista frente a la emisión de la ley del control de huelgas que constituye su lugar a dudas la mejor arma gubernamental para dominar totalmente la más mínima actitud de resistencia de la clase obrera. Costó de la vida política económica o reconocimiento de elementales derechos quedaron a merced del grupo dictatorial, de ese modo ahora con fueros legales para ejercer ilimitadamente su voluntad sobre el movimiento obrero.

Pero los dirigentes de Luz y Fuerza, Ferroviarios, Empleados de Comercio y otros gremios fuertes sabían desde el primer momento quien era el gobierno; sabían también que las persecuciones no eran halagüeñas ni mucho menos; sin embargo, en la ambición de mantener posiciones personales de predominio y de influencia con los grupos militares sacrificaron las mas elementales actitudes de lucha que la situación exigía. Hoy tal vez, cuando es el gobierno el que lo quiere, las primeras consecuencias graves de esa política intencional de autosometimiento comienza a sentirse. Los gremios portuarios y de trasportes han sido los primeros en ser atacados y como consecuencia de la autocensura especulativa de sus dirigentes fueron tomados por sorpresa sin estar preparados eficazmente para una lucha.

En esa misma actitud pero con un mayor grado de maquiavelismo están los partidos auto denominados "modernos" que, tratando de defender esos mismos valores y canalizando para sí la "revolución", aplican las reacciones populares con falsos argumentos conciliatorios. Frondizismo, peronismo, comunismo y sus derivados tratan de ese modo de influenciar decisiones especulando con ellas y desorientando a grandes sectores de las clases desposeídas.

Es decir que los vestigios de los partidos políticos, por temor o por explotar situaciones creadas, constituyen por sí mismos nuevas fuerzas de autocensura

volucrado en él, nutriéndose de lo que ve, oye o lee. Por otra parte, como integrante del mundo contemporáneo siente la inseguridad de toda nuestra época, ante los sistemas que lo envuelven y que lo conducen casi siempre a una actitud conformista. Para colmo, características locales, consecuencia de muchos años de gobiernos fuertes y dictaduras vividas en el país, lo llevan a reforzar las motivaciones de su conformismo mediante la racionalización de un profundo miedo y desajuste. Estas causas surgen subconscientemente, por haberse hecho carne tras experiencias vividas, que el evprestar disenciones con el oficialismo acarrea toda clase de conflictos, desde atropello callejero uue afecta en forma indiscriminada hasta la persecución individual mediante castigos, detenciones y allanamientos. En realidad, de algún modo tales experiencias son el resultado concreto del creciente perfeccionamiento represivo que desde tiempos inmemoriales se viene dando en nuestros países y que reimpulsado por Uriburu y Justo encontró su culminación en el estado totalitario moderno de Perón.

El proceso de autocensura que vive el país abarca todos los

sectores: prensa burguesa, radio, televisión, partidos políticos, periódicos, "ideológicos", sindicatos, centros culturales e individual medio. Por la intensa interconexión entre todas esas áreas sufre aparentemente los inconvenientes de un círculo vicioso. Sin embargo, a pesar de que el individuo medio está inmerso en esa mecánica de autocensura, tanto los que integran los grupos de poder como los que militan en núcleos revolucionarios tienen plena conciencia del problema.

Cada uno de esas minorías, pues, ha trazado el camino de su lucha, unos manejando y dirigiendo todos los medios de influencia social de la burguesía mediante dominio directo, cohecho o especulación; los otros uniendo al rechazo de la autocensura la actitud esclarecedora que la señala a los demás como un suicidio. Pero si la lucha es desequilibrada en cuanto a la potencia del instrumental físico de cada lado, lo que es innegable de los que superan en su conciencia los temores tracioneros de la prudencia tienen en todo caso la fuerza decisiva. Puesto que vencer la autocensura en ese plano es una forma de asegurar de entrada su rechazo, en todos los niveles.

El proceso de autocensura que vive el país abarca todos los

Bajeza Periodística

La revista "Atlántida", en su entrega de julio, dedicó su nota central a la guerra civil española y la publicó profusamente con una macabra fotografía en la que aparecen varios soldados mostrando alegremente las cabezas de cuatro degollados, fotografía que pretende haberse tomado en Madrid en 1937.

Pues bien. En "La Voz de los Vascos" del 31-7-66, en "Tierra Vasca" y en "España Republicana" de julio-agosto, se publicaron sendas cartas que ponen en evidencia la mentira de dicha fotografía tan terminantemente como para no dejar dudas en cuanto a las intenciones "históricas" con que ha sido hecha toda la publicación.

Transcribimos, para mejor ilustración algunos párrafos de la carta que firma Pedro de Basaldúa.

"Sin afanes polémicos y como simple ejemplo, quiero señalar al respecto lo siguiente: una publicación inusitada del reportaje ha llegado a los muros de la ciudad y a las páginas de los diarios, una macabra fotografía en la que seis soldados exhiben en sus manos cuatro cabezas humanas. El original aparece en tamaño gigante en la página central de la revista. Y lleva un pie que dice: "Frente de Madrid, primavera de 1937. Militantes de la Brigada Internacional muestran las cabezas de algunos prisioneros nacionalistas decapitados inmediatamente después de capturados".

"Pues bien, la fotografía es auténtica, pero no el historial que le achacan.

"Esa horripilante fotografía apareció en las páginas del libro titulado "Memoires d'Abd-El-Krim", editado por la "Librairie des Champs-Élysées", de París, el año 1927. El famoso caudillo de las intrépidas huestes moras denunciaba en esa obra las crueldades cometidas en Marruecos por el Tercio de la Legión Extranjera, uno de cuyos más destacados comandantes era Francisco Franco. Y como prueba de ello ofrecía el documento gráfico reproducido ahora por ATLANTIDA, en el que seis leginarios exhiben con jactancia cuatro cabezas degolladas de patriotas rifeños".

La universidad que se intenta destruir

Sería inoperante intentar un examen de la situación actual de la Universidad argentina sin tomar en cuenta sus caracteres particulares así como sus relaciones dinámicas con la sociedad global de la que forma parte. Los institutos de enseñanza superior cumplen una función social específica (aunque la naturaleza exacta de tal función es objeto de algo más que debates). Los grupos detentadores del poder en cada coyuntura histórica tienen perfecta conciencia de ello y hacen lo posible para poner a las universidades, junto con los demás niveles educacionales, al servicio de sus propios designios, cosa no siempre fácil y que suele producir serias resistencias. La historia reciente del país, sobre todo a partir del año treinta, es suficiente ilustrativa al respecto.

Asistimos a un nuevo enfrentamiento entre la Universidad y un gobierno surgido de un golpe de mano militar. Este enfrentamiento, provocado deliberadamente por los gobernantes, vino a despejar cualquier duda o falsa expectativa referentes a las intenciones de la llamada "revolución argentina". Resulta difícil admitir que la actual facción, o facciones, mandantes, hayan realmente creído en la leyenda, por lo demás ampliamente publicitada por la prensa "seria", sobre la peligrosidad del monstruo comunista que tenía su guarida en la Universidad. Pero lo cierto es que no solo el comunismo puede poner en peligro los intereses de ciertas minorías privilegiadas.

La intolerancia y el sadismo desplegados, que tuvieron su más brutal expresión en el asalto policial a la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires y en el asesinato de un estudiante en Córdoba, están en abierta discordancia con los supuestos modernizantes y desarrollistas atribuidos al nuevo gobierno, los que de alguna manera se entendían implícitos en los escasos fundamentos con los que se trata de justificar el golpe de Estado. La persistencia de la actitud destructiva obliga a desechar la hipótesis de que se trata de un simple acto de venganza realizado por una de las camarillas ultrarreactivas de las que se disputan el poder.

Nos llevaría lejos de nuestro tema el entrar a analizar las razones, algunas obvias, otras no tanto, por las cuales un gobierno surgido presuntamente para prevenir un retorno peronista trata con tanta cautela a la CGT, mientras sigue la política opuesta con la universidad. En realidad el único punto sobre el que las declaraciones previas y posteriores al golpe de estado que fueron suficientemente explícitas, y las acciones totalmente consecuentes, es en lo referente a la eliminación de todo lo positivo realizado dentro de la universidad durante los pasados diez años, especialmente el alto grado de autonomía logrado mediante el sistema tripartito de gobierno.

La violenta reacción desatada contra la universidad reformista está estrechamente ligada a una política conservadora en todos los órdenes de la conducción económica, política y social del país. Nos encontramos frente a un plan tendiente a encauzar la enseñanza universitaria, a cualquier costo, para los fines retrógrados de los actuales dueños del poder.

Universidad y minorías gobernantes

La creciente complejidad del mundo moderno, particularmente en el campo de la economía, que incorpora las técnicas concomitantes al enorme desarrollo de las investigaciones científicas, requiere un equipo dirigente que no puede ser reclutado solo en base a la pertenencia a una casta. Desde fines del siglo XVIII, con las grandes transformaciones sociales simbolizadas por la Revolución Francesa y el proceso conocido como "revolución industrial", el ejercicio del poder social está estrechamente relacionado con el poder económico, y éste con la posesión de conocimientos especializados. No basta entonces el mero ejercicio de la fuerza. Las "élites" del poder necesitan incluir y tener a su servicio cantidades

crecientes de individuos poseedores de tales conocimientos. Ese aumento de la tecnificación y, si se quiere, intelectualización de las clases gobernantes, alcanza hasta el mismo instrumento de la coacción física: las fuerzas armadas.

Una de las consecuencias más significativas del proceso es la progresiva ampliación de la base de reclutamiento de los miembros de las minorías gobernantes y, sobre todo, de los integrantes de los cuadros medios. No es que el pueblo acceda al poder, el pueblo jamás ejerce el poder. Se produce el ascenso social de cierto número de individuos originarios de los estratos inferiores.

El medio idóneo institucionalizado para la preparación de los futuros dirigentes y cuadros de la sociedad moderna, para la formación y, sobre todo, la transmisión de conocimientos y técnicas, es la Universidad. Vale decir que a través de un proceso acelerado las universidades se han convertido en organismos formadores de las "élites" gobernantes y de los técnicos e ideólogos sobre los que apoyan su acción. Todo indica que esta función continuará y aumentará en un futuro previsible.

Es fácil comprender entonces la enorme importancia que puede tener el control de la Universidad, y de todo el sistema de enseñanza, para cualquier grupo encaramado en el poder o que aspire llegar a él. Aquí se hace necesaria una precisión. Estas son generalizaciones que consideramos válidas para cualquier sociedad que haya alcanzado cierto grado de desarrollo tecnológico, tanto para las llamadas "socialistas" como para las capitalistas.

Dos caracteres contrapuestos

Dinámicamente considerada, la institución universitaria posee dos caracteres contrapuestos, pudiendo, según las épocas y lugares, predominar uno de ellos o coexistir ambos en un equilibrio inestable. La universidad puede ser un ente conservador y reproductor de las estructuras sociales vigentes o ser un importante factor del cambio.

El carácter conservador de la universidad está determinado por una triple circunstancia. En primer lugar, como ya hemos dicho, es un instrumento en manos de los sectores dominantes de la sociedad para la formación de cuadros auxiliares y del personal destinado a sucederlos. La segunda circunstancia proviene de los enormes recursos económicos que requiere el funcionamiento de las modernas universidades. Estos recursos pueden provenir, como antiguamente y aún hoy en algunas universidades privadas, del aporte directo de los familiares de los estudiantes, lo que supone un privilegio reservado a unos pocos. En otros casos las universidades son mantenidas por "fundaciones" pertenecientes a las grandes corporaciones capitalistas, claro está que con un propósito determinado. Consecuentemente con la tendencia universal a considerar la educación en todos sus niveles como un servicio público, lo más frecuente es que la enseñanza superior sea sostenida con fondos estatales.

Tales recursos son extraídos, por cierto, del total del cuerpo social, éste como todo el dinero gastado por el estado sale del esfuerzo de los trabajadores y es manejado por el aparato administrativo del gobierno de turno. En definitiva, el funcionamiento de las universidades depende económicamente de los sectores dominantes de la sociedad y el estado.

La tercera circunstancia conservadora dentro de la universidad proviene de que, con mayor o menor deliberación, pero de hecho siempre, el acceso a la educación superior está limitado a los sectores de la población que participan o que son solidarios con las desigualdades del sistema socio-económico vigente.

Sin embargo, este es el otro carácter distintivo de la universidad, y en particular de la Universidad argentina y latinoamericana, el contacto de los jóvenes hijos de las clases privilegiadas con las proposiciones objetivas de la ciencia y con las grandes ideas que mueven a la humanidad puede despertar sus conciencias frente a las iniquidades y los anacronismos de la sociedad en que viven. Así se da el hecho, para muchos desconcertante, que el instrumento destinado a producir los cuadros medios sostenedores del poder y formar a los futuros dirigentes, puede producir al mismo tiempo núcleos de hombres de ciencia, técnicos y humanistas que reivindiquen un reordenamiento de

las estructuras socio-económicas vigentes y, aun, suministrar líderes para las grandes transformaciones revolucionarias.

Quienes manejan en este momento la cuestión universitaria, calificados de torpes hasta por elementos ubicados en su mismo bando, no ignoran, entonces, la importancia de las universidades para sus propios proyectos de manejo de la cosa pública. Pero, tal vez precisamente por eso, están dispuestos a "sacrificar" el nivel científico de la alta enseñanza por un tiempo imprevisible, en un intento desesperado, y condenado al fracaso, de frenar la tendencia al cambio propio de la función universitaria y que veían crecer como un espectro amenazante.

Conservación y cambio en la Universidad reformista

A partir de las estructuras sociales vigentes, podemos intentar un análisis de los caracteres polares conservación —cambio referidos a la universidad argentina, en base a dos elementos que consideramos particularmente significativos: el origen social de la población universitaria y el autogobierno.

El movimiento reformista tuvo origen en la Argentina hace casi medio siglo. Su influencia se extendió a todas las universidades de Sudamérica y también más allá. Como medio de lucha contra los caducos sistemas que hacían de las universidades reductos de los grupos oligárquicos y del oscurantismo clerical, la reforma es una bandera mantenida en alto por sucesivas generaciones de estudiantes y cuyo espíritu continúa en muchos de los que llegaron a ocupar cátedras.

Uno de los postulados fundamentales de la reforma es la necesidad de poner la universidad al servicio del pueblo, quien en definitiva la mantiene. El principio de "la universidad abierta al pueblo" supone tanto un objetivo para el quehacer académico como el establecimiento de condiciones concretas que posibiliten el acceso a las aulas universitarias de los sectores económicamente desposeídos. Después del tiempo trascurrido desde 1918 y de un decenio de institucionalización del criterio reformista, es evidente que los actuales 150.000 estudiantes universitarios son sólo una parte del total de la población potencialmente en condiciones de recibir enseñanza superior.

Aparte el problema de la necesidad o de la utilidad social de que todos y cada uno de los miembros de la comunidad invierta 18 ó 20 años en escolaridad, el hecho es que en la Argentina menos de la mitad de los niños inscriptos en 1º inferior llegan al 6º grado, una fracción de estos recibe algún tipo de enseñanza post primaria. Es de sobra sabido además que la deserción escolar y el consecuente analfabetismo son debidos más que a la inadecuada dotación escolar, en edificios y maestros, a los insuficientes ingresos de una parte sustancial de la población, especialmente en las zonas rurales.

Está claro entonces que la posibilidad concreta del acceso del pueblo a la universidad, como tantos otros problemas derivados de la estructura de la sociedad global, no puede ser lograda por los claustros universitarios dentro de sus propios límites. Queda, si, la acción de la universidad sobre su contorno social.

Por otra parte, a raíz de las circunstancias económicas, políticas y sociales producidas a partir de la década del 40, se ha observado un verdadero salto en el número de alumnos inscriptos en las universidades. Esto permitiría suponer un perior, la incorporación a la misma de nuevas capas de la población. Es importante entonces establecer con suficiente claridad quienes son socialmente los estudiantes de las universidades argentinas. Para ello nos valdremos de algunos datos del último censo realizado en la Universidad de Buenos Aires, por varias razones la más importante y representativa del país.

Actualmente se hallan inscriptos en la Universidad de Buenos Aires unos 80.000 alumnos, originarios en su gran mayoría de la ciudad y sus alrededores. Respecto a su origen social comprobamos que poco más del 5 o/o de los padres corresponde a la categoría capataces u obreros de fábricas. La casi totalidad del resto proviene de familias cuyos jefes son comerciantes, industriales, profesionales y funcionarios. Sólo una pequeña fracción puede ser considerada perteneciente a la típica clase alta terrateniente.

Primera comprobación: los hijos de los trabajadores están prácticamente ausentes de la universidad.

Las dos terceras partes del estudiantado trabaja, y si tenemos en cuenta que entre las mujeres (32 o/o del total) el porcentaje de las que tienen empleos es mucho menor, resulta que la difundida idea respecto al estudiante universitario como un vago discoloro no corresponde a la realidad. Pero, menos del 1 o/o de los estudiantes trabajan en la categoría capataz u obrero de fábrica. Vale decir que el ingreso a la universidad ya supone un ascenso ocupacional con relación a los padres. El estudiante obrero es una especie inexistente.

Para no acumular una fatigante sucesión de números podemos trazar una imagen estadística del alumno de la Universidad de Buenos Aires, describiéndolo como: Un miembro de la clase media, de 23 años de edad, del sexo masculino, soltero. Trabaja entre 30 y 40 horas semanales en una ocupación remunerada que guarda relación con sus estudios. Cursa alguna carrera de Derecho, Medicina o Ciencias Económicas.

Notemos el predominio de las pautas tradicionales de prestigio en la elección de las carreras. Las tres facultades señaladas suman el 60 o/o del total de los alumnos inscriptos en la universidad correspondiente al área ecológica más "moderna" y tecnológicamente desarrollada del país. La abogacía y la medicina son las ocupaciones de más prestigio en las sociedades basadas en la explotación de los recursos primarios de la tierra, los contadores son necesarios para la administración y el comercio, compatibles con una estructura colonial. Los técnicos e investigadores indispensables para el desarrollo industrial salen de las facultades de Ingeniería y Ciencias Exactas, las que congregan sólo el 13 o/o del alumnado.

Estos datos permiten sostener la hipótesis de que el aumento de la población estudiantil no es debida a una "apertura al pueblo" de la universidad, sino que proviene de la valoración de los estudios superiores por las clases medias, acorde con la tendencia universal que señalamos al comienzo.

Tenemos entonces, dentro del estudiantado, la preponderancia de los estratos medios y medios-altos de la población, es decir de los sectores privilegiados o que son solidarios con el statu quo actual. Pero, los estratos medios poseen una dinámica que los hace sumamente receptivos a los cambios e innovaciones que no perciban como directamente perjudiciales para sus intereses. Esto, unido a la juventud de los estudiantes, relativamente poco comprometidos en las estructuras sociales vigentes, convierte a este sector en algo muy explosivo, peligroso para quienes pretenden mantener los antiguos sistemas de explotación y distribución. Sistemas considerados caducos para el mismo capitalismo y que benefician únicamente a la infima minoría tradicional de los terratenientes y comerciantes asociados del capitalismo internacional que lucha con la llamada "división internacional del trabajo".

La realidad se encarga de desmentir cualquier fantasía que pretenda convertir en revolucionario al grueso del estudiantado mediante la agitación de slogans tales como "antimperialismo". Lo cierto es que se trata de una categoría de individuos que se hallan naturalmente, por razones de edad, en conflicto generacional con sus mayores. Además, y por las mismas razones, poseen una viva percepción de la rápida evolución que se opera en el mundo y están dispuestos a participar en ella.

Es necesario tener presente que sean cuales fueren los cambios a producirse en la organización de la sociedad para un futuro próximo, la "inteligencia" considerada como clase no arriesga perder posiciones, al contrario, sus beneficios relativos se verán reforzados y aumentados.

Cierto tipo de sentimientos que hasta no hace mucho tiempo eran patrimonio exclusivo de la extrema derecha, concretamente el nacionalismo, es tomado por los partidos de izquierda. Los llamamientos a la "liberación nacional" encuentran amplia audiencia en la juventud universitaria de países que, como el nuestro, sufren la explotación de sus burguesías autóctonas y la de los intereses económicos y financieros de las potencias desarrolladas y, efectivamente, imperialistas.

Organización interna

Todas las ideologías, teorías y tendencias referentes a la forma de organizar el funcionamiento de la sociedad pueden ser resumidas en dos corrientes de opinión: las que se basan en el principio de autoridad y las que valorizan la libertad y la autonomía de los grupos e individuos que integran el cuerpo social.

Olvidados los principios del liberalismo clásico, que acombó víctima de sus abstracciones incompatibles con la realidad socio-económica; convertido el socialismo en un simple medio de ascenso al poder político; reducida el sindicalismo, arma

original de lucha de los trabajadores, a una dependencia más del estado; la posibilidad de la libertad del hombre en colectividades libremente organizadas es considerada benignamente como un sueño inactual.

En la Argentina, como en el resto del mundo, tienen absoluta preeminencia las concepciones autoritarias, ya se trate de ideologías de izquierda o de derecha. Por razones no fáciles de elucidar totalmente, entre las que no cabe duda tiene mucha importancia la voluntad de personas que persiguen ideas, junto con particulares circunstancias políticas producidas en el país, la organización interna de la universidad en los últimos años siguió una evolución aparentemente a contrapelo de la tendencia general imperante.

Estaría fuera de lugar el considerar a la universidad reformista como un ejemplo de organización libertaria para la sociedad global, pero la forma utilizada para resolver problemas concretos referentes al funcionamiento y las finalidades de una institución de tal trascendencia es sumamente ilustrativa de las posibilidades reales de gestión distintas de la chabura e ineptia autoritarias.

La estructura interna de la Universidad recientemente avasallada, no corresponde por cierto a un sistema ideal. No se trata de presentar una imagen inocente de armonía perfecta. Pueden señalarse numerosas contradicciones, errores e inconvenientes, lo que importa es el saldo de todo ello, que es positivo en términos de eficiencia y valores humanos. Se ha dado la realidad de una colectividad que puede regirse democráticamente, con la participación efectiva de sus integrantes, mediante un sistema de decisión y acción controvertido y disputado, pero finalmente acertado por todos los interesados. No se erigió un sistema centralizado de gobierno, cada una de las diez facultades gozó de autonomía funcional y, si se quiere, política, con sus propios gobiernos libremente elegidos. Autonomía extendida a la estructura interna de las facultades, organizadas en departamentos.

La administración, tanto en el rectorado como en los decanatos de las facultades, no constituyen un ente soberano y remoto, estaba efectivamente controlada por cuerpos colegiados, representantes directos de la colectividad, que ejercían poder de decisión en las cuestiones importantes.

Los tres claustros integrantes del gobierno (de profesores, estudiantes y egresados) actuaban en función de intereses comunes, los de la finalidad específica de la Universidad. Intereses no siempre coincidentes y a veces conflictivos sobre aspectos concretos de la institución y de su gestión, pero se tomaron y cumplieron decisiones, se modificaron y ratificaron criterios, sin recurrir a la coacción física de personas o grupos. En el interior de la universidad hallaron expresión y caja de resonancia todas las tendencias ideológicas, políticas y filosóficas del mundo. La politizada universidad argentina pudo continuar su marcha y perfeccionar su trabajo sin que nadie

lograra imponer desde adentro ninguna idea única, verdadera y "monolítica". Para ese fin fue destruida desde afuera.

Ciencia y libertad

La modalidad propia de la organización universitaria fue posibilitada por factores estructurales que definen a la misma institución. Recordemos en primer lugar la homogeneidad de origen social de los estudiantes que, naturalmente, se hace extensiva a los profesores. La Universidad no realiza funciones directamente económicas, lo que elimina un determinante primordial de conflictos (1). Es decir, que dentro de la Universidad como tal no existen diferencias de clase ni se dan situaciones productoras de conflictos de clases. Se dan en cambio todas las condiciones para el debate y el conflicto ideológico y político.

Una condición previa indispensable para la efectiva participación de los individuos en el manejo de las colectividades es la disponibilidad y uso de la información. Dentro de la universidad esa condición se da en forma excepcional, no comparable con otros tipos de organización ni mucho menos con la sociedad global. Es preciso tener en cuenta que la universidad no es un microcosmos o muestra del todo social. Se trata de una organización más chica, que cumple con objetivos limitados y que se desenvuelve en condiciones particulares.

El máximo reproche y el máximo horror manifestado por publicaciones y personas "bien pensantes" es que los estudiantes, en lugar de dedicarse únicamente a lograr sus diplomas en el menor tiempo posible y con el menor esfuerzo posible, se ocupan de política, es decir de los problemas de su medio, su sociedad, su país. Lo absurdo de semejante posición es una evidencia de sentido común. Si abundamos en consideraciones sobre el papel jugado por la universidad es con la intención de despejar algunos equívocos que, a fuerza de repetidos, pueden llegar a convencer a personalidades mal informadas.

Se habla de una universidad puramente científica. Cuando los reformistas del 18 reclamaban la elevación del nivel científico de los estudios sabían perfectamente que no existe una ciencia "pura", que no hay técnicos sin ideas. La ciencia y la técnica son creaciones

humanas que deben estar al servicio del hombre. Los científicos y los humanistas emplean su saber, conscientemente o no, a favor o en contra de determinado sistema social o de determinada concepción del hombre. Es necesario que esto se haga consciente y no podemos ser indiferentes respecto a cuál sistema social.

Se pronuncian frases demagógicas sobre el acceso a la Universidad de los sectores económicamente sumergidos. Sabemos que eso no será posible mientras no ocurra un cambio profundo, una verdadera revolución social. Y sabemos que la revolución no la van a realizar los señores de vacas y espada.

La política y la politiquería dentro del ámbito universitario implica todos los factores negativos que supone la misma en la sociedad global. Es, sin embargo, el medio necesario para que los jóvenes estudiantes tomen contacto con algunos problemas que luego deberán enfrentar y con las ideas y tendencias que adoptarán. La política siempre estuvo presente dentro de la Universidad, no molestó mientras no se percibió como un peligro para los privilegios adquiridos.

La autonomía de la Universidad, que es un ejemplo del derecho a la autogestión que asiste a todo grupohumano, es inseparable de la participación de los estudiantes en su gobierno. El autogobierno universitario se ha demostrado el medio idóneo para cumplir sus fines académicos y ponerla al servicio del pueblo. Esto ya había comenzado a ser realidad, tanto en la estructura interna como en los numerosos estudios e iniciativas emprendidos de cara a los problemas económicos y culturales del país.

Estamos profundamente persuadidos de que la libertad es un alto valor y es al mismo tiempo la manera más eficiente de vivir. En el caso que nos ocupa, la libertad de enseñar y aprender, el autogobierno de las casas de altos estudios, el derecho y la posibilidad de participar activamente en la vida de la comunidad es algo por lo que vale la pena luchar arduamente.

(1) Dejamos de lado deliberadamente el problema de los empleados administrativos, de maestranza, etc. que no participan ni tienen ninguna representación en el gobierno de la universidad. La asociación gremial de este personal planteó numerosos conflictos a las autoridades universitarias, sus patronos. Cabe señalar además la poca o ninguna identidad de intereses manifestado entre el personal no docente y los estudiantes frente a sus respectivos problemas.

La Universidad: Una Concepción y Un Camino

El veterano filósofo y profesor Rodolfo Mondolfo, siempre presente en las inquietudes de la vida cultural, ha cumplido una larga y fecunda trayectoria al servicio del quehacer universitario. Fruto de sus experiencias y sus luchas nos ha entregado hace poco tiempo, en una edición de Cuadernos de EUDEBA, un trabajo que condensa su visión y su pensamiento acerca de los múltiples y complejos problemas referentes a las universidades. Se ocupa en principio del origen y desarrollo de las casas de altos estudios en Europa, vinculándolo con observaciones históricas sobre la situación social, política y económica de los medios donde surgieron esas instituciones, y demostrando cómo su evolución y existencia estuvieron ligadas a aquellos factores, de una u otra manera.

Así vemos suceder a lo largo de los siglos el florecimiento de un cúmulo de universidades, que reconocen como tronco y principio las de Salerno, Bolonia y París, y nos enteramos también de las dos estructuras que históricamente las conformaron: como reunión de discípulos que buscaban y elegían a sus maestros (la de Bolonia, un antecedente del gobierno tripartito), o como reunión de maestros a disposición de sus alumnos (Universidad de París).

Luego de dedicarle una parte de la obra a la historia de la Universidad de Bolonia, la más antigua de todas, plena de sugerencias y de datos interesantísimos, trata en el último capítulo de "La Universidad latinoamericana como creadora de cultura", tema de una mesa redonda del Consejo Interuniversitario Regional realizado en Montevideo.

Aquí es donde realmente nos interesa destacar su pensamiento, sobre tema tan actual y palpitante, y a la luz de los acontecimientos ocurridos recientemente en el país.

Considera que las condiciones indispensables para el desarrollo de una Universidad y el cumplimiento de su misión cultural pueden resumirse en tres exigencias fundamentales:

- 1) Libertad académica —libertad de pensamiento, de conciencia, de estudio, de investigación y de expresión— para maestros y discípulos;
- 2) Respeto absoluto e incondicional de los valores intelectuales

les y científicos como criterio indispensable para la elección de los profesores; y

3) Esfuerzo de superación y provisión adecuada de los medios de estudio e investigación necesarios a la evolución de la ciencia y la cultura.

Cuando Mondolfo nos manifiesta cuál es la Universidad que él piensa como verdadera creadora de cultura y enraizada en los sustratos más profundos de la vida social de la comunidad, nos dice:

"No puede pensarse en la actuación de la Universidad, así como de cualquier institución cultural, sin ponerla en relación con toda la realidad social en la que debe operar.

"La creación de la cultura es un proceso social que como tal, exige la cooperación solidaria de toda la sociedad.

"El sentido actual del concepto de cultura ya no permite considerarlo singularmente: la cultura en la concepción moderna representa todo el mundo de las instituciones y formas de vida creadas por los hombres al lado y por encima del mundo de la naturaleza. La cultura, en su sentido más amplio, es una característica peculiar de la humanidad".

Se refiere luego a las demandas de especialización y a la cooperación armónica entre la formación de profesionales y la investigación científica y afirma que cada vez que las exigencias de cualquier ortodoxia, que no admiten la expresión de un pensamiento disconforme, condenándola como herejía, han dominado a las universidades, sólo han conseguido la asfixia de su desenvolvimiento y el fracaso de su misión.

Finalmente, para el cumplimiento de los supuestos de la libertad académica, manifiesta que "no pueden verificarse en una Universidad privada, por cuanto ésta es creada y mantenida o por instituciones confesionales y partidarias, que tienen una doctrina oficial obligatoria y buscan esencialmente la propagación de su credo dogmático, o bien por grupos de intereses particulares que convierten a la Universidad en una empresa financiera antes que cultural".

EMILIO MUSE

Anarquismo y Movimiento Obrero (III)

Antes de finalizar el siglo XIX, cuatro corrientes distintivamente principales se destacaban en el panorama del movimiento obrero mundial: el reformismo parlamentario de los países del norte de Europa, representado agresivamente por Alemania; el sindicalismo revolucionario francés; el gremialismo corporativista norteamericano; el federalismo revolucionario de los países llamados latinos, vanguardizado tesoneramente por España. Ya que es durante este período cuando se forman las primeras sociedades de resistencia en la Argentina, vamos a referirnos brevemente a cada una de ellas. Desde luego, no nos detendremos en las condiciones de la época ni en la particular situación de cada país o región porque ello desbordaría los límites de este trabajo. Algunos antecedentes nos serán útiles para comprender el proceso del movimiento obrero argentino, así como nos ayudarán a percibir la finalidad, coherente y última, de todos los ataques, maniobras y acusaciones lanzados sin tregua contra la FORA y los anarquistas de este país. Además, nos revelarán hasta qué punto muchas prácticas sindicales actuales, defendidas como adaptaciones inevitables e inteligentes a la "evolución" del capitalismo y del estado y hasta a la marcha general de la sociedad, no son más que el producto de viejas raíces, herencia abominable de una antigua conspiración internacional contra la clase trabajadora y la revolución social.

La corriente reformista y parlamentaria es, en cierto modo, el antecedente remoto de lo que hoy se denomina coexistencia pacífica. La socialdemocracia se caracteriza por el gradualismo, por el electoralismo, por el acceso escalonado y pacífico al poder. Lucha con espíritu competitivo, es decir, sin excluir el entendimiento y la colaboración con los sectores dominantes. La moderna coexistencia pacífica se vincula al orden internacional, a la relación de los estados. La coexistencia pacífica de la socialdemocracia se refiere al orden nacional, a la relación entre los partidos. Esta socialdemocracia no se siente portadora de un mundo nuevo, sino apenas de algunas nuevas condiciones. Votarán en contra, pero también votarán a favor. Llegarán a ser amigos, consejeros y hasta ministros del régimen como en el caso de Largo Caballero durante la dictadura de Primo de Rivera. En definitiva: "los honrados gerentes del capitalismo", al decir del mismo León Blum.

Lamentablemente, esta corriente encuentra amplia audiencia y gravita con fuerza en la orientación de la clase trabajadora. Sin embargo, ni su más grande triunfo debilita su más impetuoso deseo: desembarazarse de los libertarios, neutralizarlos, aislarlos, liquidarlos. La técnica de expulsión a los anarquistas, inaugurada por Marx, es recogida empeñosamente por sus discípulos.

Según Max Beer (Hist. Gral. del Socialismo, México, 1940, tomo II, pág. 224) "el único resultado obtenido de hecho por la acción de la Segunda Internacional fue la exclusión de los anarquistas en el Congreso de Londres (1896). El Congreso de París (1900) decidió no admitir en el seno de la Internacional sino a las organizaciones que reconocieran los principios del socialismo [se entiende, del autorita-

rio] y la necesidad de la lucha política". En efecto; el Congreso de Londres fue el cuarto, y al tratarse de la preparación del quinto, Liebknecht propuso, que se invitase, entre otros, "a organizaciones puramente sindicales obreras, que aunque no toman parte activa en la política, declaran que reconocen la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria; por consiguiente, quedan excluidos los anarquistas" (destacado tipográficamente por nosotros).

G. D. H. Cole, en su Hist. del Pensamiento Socialista, t. III, p. 38, dice que "en los primeros congresos de la Segunda Internacional los socialdemócratas, que sabían lo que querían y actuaban estrechamente unidos, eran los que decidían. Una y otra vez derrotaron a los anarquistas, les dijeron que se marchasen y afirmaron que nada en común tenían con ellos".

En fin, con todo esto no se hacía sino continuar el propósito ya manifestado en 1891, en el Congreso de Bruselas, donde el primer acto de los delegados consistió en decretar la expulsión de los anarquistas. Tal política fue apoyada prácticamente por todos los sectores y militantes marxistas. Su triunfo originó estas dos graves consecuencias fundamentales:

19) Imposibilitó o perturbó la colaboración de clase sobre hechos accidentales o factores permanentes de la realidad, justamente en el organismo que más se prestaba para un entendimiento transitorio o constante entre los distintos sectores del proletariado mundial.

20) Contribuyó a frustrar la probabilidad de mundializar el debate ideológico a través de un enfrentamiento leal y dentro de un clima propicio al monopolizar su mejor causa de resonancia: la reunión internacional de delegados.

La Segunda Internacional hereda lo peor de la Primera al comenzar por lo que en ésta había sido, de hecho, acto final: la política de expulsión. Así, la fijación de una determinada tendencia en el campo obrero es realizada de la peor manera: autoritariamente, amordazando a la oposición revolucionaria, impidiendo toda posibilidad de discusión. Este monopolio facilitó la marcha hacia las posiciones más claudicantes. En 1907, por ejemplo, en Stuttgart, una ponencia nada menos que a favor del colonialismo socialista, otorgó notable anticipo de la actual coexistencia pacífica, apenas si se venció por 127 votos contra 108 (ver Cole, ob. cit., t. III, p. 79 y ss.). Este ejemplo podría multiplicarse con respecto a muchos otros problemas que no afectaban exclusivamente a la clase trabajadora sino al destino mismo de la humanidad.

La Primera Internacional tuvo dos grandes lemas: "La obra de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos" y "Proletarios de todos los países, uníos". El primero apuntaba hacia un proletariado revolucionario, no a un proletariado tributario de votos. El segundo reclamaba el internacionalismo como principio y como condición indispensable para el triunfo de la revolución. La Segunda Internacional se niega a recoger esta otra parte de la herencia. Es desviacionista y retardataria confusionista y claudicante. Su

trayectoria termina ignominiosamente durante la primera conferencia mundial, cuando los partidos socialistas, adhiriendo a la política nacional de sus respectivos países, votan los créditos de guerra o respaldan las "uniones sagradas". El "nacionalismo de izquierda" no sólo tiene cierto antecedente en "el comunismo en un solo país" de la era stalinista, sino en esos brotes socialeros de principios de siglo.

Paralelamente al desarrollo de la Segunda Internacional se desenvuelve en Francia el movimiento conocido con el nombre de Sindicalismo. Esta corriente surge, en gran medida, como una defensa obrera contra el monopolio marxista, contra el dominio de la clase trabajadora francesa por el Partido Socialista. Las divisiones y disputas de este partido son trasladadas automáticamente a los gremios, pues cada sector pretende obtener o conservar el respaldo de los trabajadores para su finalidad electoral.

Cole dice en alguna parte de su Historia que el Sindicalismo fue la "reencarnación" del anarquismo, una opinión que ya había sostenido, entre otros, Bertrand Russell: "Apenas si alguna de sus ideas es nueva: casi todas son derivadas del grupo bakuninista de la vieja Internacional" (Los caminos de la Herberia, Claridad, 1945, p. 65).

Esta afirmación, sin embargo, es sólo parcialmente cierta. Si en verdad podía hablarse de una "reencarnación", se trataba de una reencarnación sumamente disminuida. Hay, por ejemplo, una diferencia fundamental entre ambos: el sindicalismo es limitativo, el anarquismo es abarcativo. El sindicalismo deposita toda su esperanza en el sindicato, sin ideología y en la huelga general para la conquista de mayores derechos y para la transformación misma de la sociedad: cree que estos sindicatos serán los órganos de la estructuración revolucionaria del porvenir. Pero la vida no es sólo economía, no es sólo producción agropecuaria e industrial, sino algo mucho más diverso y más complejo, y por eso el anarquismo es también comunista e insurreccionalista, y por tanto proclama la necesidad de la ideología y la necesidad de la revolución como medios imprescindibles para destruir al viejo aparato y sepultar las viejas estructuras. Todavía en 1906, Malatesta se esforzará en hacer comprender a los sindicalistas que la huelga general, con todo su valor, es sólo un mito si se la considera suficiente para precipitar el derrumbe del capitalismo y del estado.

Lo cierto es que el sindicalismo toma elementos tanto del marxismo como del anarquismo y se autodenomina revolucionario. En los comienzos, muchos y notables anarquistas integraron sus filas.

El sindicalismo estaba signado por lo paradójico. Que rechazara toda dependencia de un partido electoral era comprensible. Llamándose anticapitalista, antistatista, antimilitarista, antiguerrista, etc., no parecía lógico su rechazo de la ideología libertaria justamente cuando España estaba probando que esa ideología revolucionaria puede ser causa y motor del desarrollo del movimiento obrero.

En Precisiones sobre el Anarquismo (Ed. Tierra y Libertad, Barcelona, 1937, pp. 191-2), Gas-

Cuando lanzamos una mirada a la historia del movimiento obrero moderno, nos extraña sobremedida la tenacidad con que los anarquistas han resistido desde 1876 a 1893 la escisión que les imponía teórica y prácticamente la socialdemocracia. Fueron nuestros precursores los que insistieron durante veinte años en conservar en un bloque más o menos orgánico todas las fuerzas socialistas, pasando por alto su diferencia bien notable y contradictoria de concepciones fundamentales.

LOPEZ ARAGON - SANTILLAN
(El Anarquismo en el Movimiento Obrero, 1925, p. 81.)

tón Leval resume de la siguiente manera el naufragio de la corriente sindicalista: "La desviación del sindicalismo francés ha sido obra exclusiva de sus comités, que con Jouhaux, Dumoulin y otros adhirieron en 1914, en flagrante contradicción con los acuerdos confederales, a la "Unión Sagrada" preconizada por Poincaré. Posteriormente, cuando al producirse la desmovilización hubo en París una situación revolucionaria, Merheim y sus amigos sabotearon esa ocasión única, conteniendo hábilmente y desviando el ánimo popular. Es lo que permitió a Trotski decirnos, con razón, que en 1918 habían salvado al capitalismo en Francia no el jefe de policía, sino los militantes sindicalistas. La Confederación francesa se desvió después totalmente".

Estos y otros antecedentes habrán concluido al mismo Leval (ob. cit., p. 170): "Sólo donde las desdichadas ideologías, a las que ridiculizan alegremente los sindicalistas, influyeron activamente, los sindicatos revolucionarios subsistieron y se agrandaron. España es un ejemplo. Francia es el ejemplo contrario".

El ejemplo comparativo de Francia y España podría ser trasladado a otros países. Paralelamente al desarrollo de la Segunda Internacional y del sindicalismo francés, en Estados Unidos de Norteamérica creció un tipo de sindicalismo aberrante, una especie de retorno (no importa a qué nivel organizativo superior), no ya al sindicato primario de los años iniciales de la Revolución Industrial, sino al espíritu mismo de la corporación medieval. Mientras el capitalismo yanqui combatía implacablemente a los movimientos obreros de signo revolucionario que en aquella hora alcanzaron gran difusión (por ejemplo al de los I.W.W. —Obreros Industriales del Mundo— fundado secretamente en 1876), la denominada American Federation Labour (A.F.L.) preanunciaba lo que sería la futura organización obrera de los EEUU, y por extensión, de gran parte del mundo (la burocracia sindical de todos los países se ha buscado constantemente en ese espejo).

De este gremialismo contrarrevolucionario, antibrodero, cínicamente conformista y ultramarillo dice Edouard Dolléans en el t. II, p. 104 de su Historia citada:

"La filosofía social de sus jefes es conservadora. Samuel Gompers considera las relaciones sociales actuales como permanentes; el mantenimiento del orden existente permite a las organizaciones obreras elevar el nivel de vida de sus miembros: en una economía próspera, en un régimen capitalista ascendente, hay lugar para todas las esperanzas de mejoramiento social. La Fe-

deración del Trabajo practica un sindicalismo fundado en los intereses de una pequeña minoría obrera. El aplastamiento de los otros en provecho de algunos trabajadores privilegiados es, pues, la consecuencia lógica de esta política, que Strasser definía así, poco después de los comienzos de la Federación: «Avanzamos día a día. No tenemos fines últimos. Somos hombres prácticos».

Las metas hacia las cuales avanzaban estos hombres sin fines, las resume escuetamente Daniel Guérin en ¿A dónde va el pueblo norteamericano?, t. I, p. 101 (Ed. Arayú, 1954): "El gompersismo tuvo su conclusión lógica y fatal, a principios de siglo, en la National Civic Federation, organización de colaboración entre jefes sindicales y grandes patronos, y en la unión sagrada de la guerra 1914-1918".

La Federación todavía continúa su obra nefasta, aunque el porvenir no será suyo. La horca y la silla eléctrica han funcionado para que la obra del tes. tafero Gompers sobreviva. Ha prosperado con la prosperidad del imperialismo de sus amos. No importa que sea a costa de los pobres de medio mundo, y también de muchos norteamericanos. Por algo son hombres prácticos.

En España se desarrolla un movimiento obrero totalmente diferente. Ya en 1869, la sección barcelonesa de la Primera Internacional se proclama "en política anarquista, en economía colectivista". Este movimiento es federalista y es revolucionario, pero auténticamente, en serio. El federalismo es el sistema de organización y de relación más adecuado para que todos los obreros participen y sean responsables de las decisiones, de los actos, de la orientación. Ningún comité, ninguna comisión, ningún equipo deben estar por encima de un movimiento. Aun que el proceso sea más lento, los trabajadores dirán siempre la última palabra. En esta experiencia en este esfuerzo, en esta gimnasia, se irá formando un verdadero militante y no un pe. lele, se irá templando el revolucionario, se irá elevando el hombre nuevo.

Este movimiento estima que la división de la sociedad en clases no fue al principio, y que no será al final; que es una etapa transitoria en el desarrollo de la humanidad, una etapa injusta que hay que superar. Sos. tiene que la igualdad, la dignidad, la libertad de los hombres y de los pueblos son bienes inseparables y recíprocos entre sí, y que en consecuencia hay que o conquistarlos simultáneamente, para lo cual hay que modificar de manera global la situación.

(sigue en pág. 7)

I (INGRESO DE LA C.G.T.

Como era de prever dadas las circunstancias y condiciones de su realización sin que se llevara a cabo lo que se venía buscando (¿o tal vez no?) mediante largas tratativas, que incluso obligaron a postergarlo por diez días, entre cuatro de los nucleamientos —62 Organizaciones, 62 Organizaciones de Pie, Independientes y No Alineados— (los bolcheviques del MUCS no intervinieron) que integran la central obrera: la unidad.

Si hacia falta alguna demostración para aseverar el juicio que mucha gente tiene sobre la CGT y su dirigentes, las ideas y venidas, las reuniones, declaraciones, etc., efectuados para lograr que el reparto de los puestos directivos no dejara mayores descontentos, reveló que los gremialistas son consumados maestros en el arte de la intriga política (¿o sería mejor decir politiquería?), y, como pasa con los políticos, finalmente no se pusieron de acuerdo sino al

ANARQUISMO Y MOVIMIENTO OBRERO

(viene de pág. 6)

Las protestas, los reclamos, las huelgas, son manifestaciones imprescindibles e inevitables de la lucha diaria, pero son apenas una parte de la militancia de la clase trabajadora. Para cambiar las estructuras, para transformar la sociedad, para superar la división en clases, para poner la economía al servicio del hombre, la clase obrera debe hacer la revolución, una revolución profunda que destruya no sólo al capitalismo, sino también al estado. Esta revolución debe asegurar, en su reemplazo, la organización racional y federativa de todas las actividades, sin minorías su- plemente omnifuncionarias y rectoras, es decir sin centralismo y sin autoritarismo. Este movimiento lucha con ímpetu por las mejoras inmediatas, pero al mismo tiempo lucha por el gran día, se prepara para la gran hora. Hasta dos meses antes del levantamiento franquista, el Congreso de Zaragoza discute cómo establecer el comunismo liber- tario.

Cuando la hora llega, la Confederación Nacional del Trabajo demuestra la superioridad de su organización, la eficacia de sus tácticas, la fascinante atracción de una ideología revolucionaria generosa y amplia. Espontánea y masivamente salen sus hombres a la calle y ocupan los lugares de mayor peligro sin dudar en líderes ni comisarios. Su largo y doloroso aprendizaje no había sido vano y fertilizó los frutos más insólitos. Las ciudades se convierten en trincheras, el ejército es arrollado en sus propios cuarteles, el fascismo es batido en retirada. Los peores enemigos reconocerán a la CNT sus condiciones de arrojo y de heroísmo. También espontánea y naturalmente comienza la expropiación, la gran obra de la colectivización agraria, de la socialización industrial. La más profunda e integral revolución contemporánea se hace posible gracias a este movimiento en suelo hispano. Algo demasiado hermoso para que pudiera durar, según expresión de Orwell (Cataluña 1937). Y ciertamente, una revolución efímera, pero es otro problema. La conspiración internacional le clavó un puñal en el pecho. Luego se lo clavó en la espalda. Pero su lección no muere. Claro que hay errores. Pero por encima de ellos, en su epopeya y en su obra constructiva, los revolucionarios de hoy encontrarán inestimables

los que ya comenzaban a denominarse gremios No Alineados por no pertenecer a ninguno de los nucleamientos que tenían vida en ese momento, y que, como se preveía, a pesar de negarlo públicamente en un principio, han formalizado un nuevo nucleamiento.

Claro está que a los trabajadores no les interesa todo ese cúmulo de volteretas que dan sus dirigentes, a ellos les interesa que se marquen pautas en busca de solucionar importantes problemas que los afectan como trabajadores y como integrantes de la sociedad argentina, pero, evidentemente, los dirigentes no estaban para eso, soslayaron elegantemente (¿o no tan elegantemente?) todos los problemas, incluso el candente de los portuarios, y se dieron a la tarea menos peligrosa y más rentable de apoderarse de los puestos de decisión.

En definitiva, un congreso más que no pasará a la historia precisamente por sus aspectos constructivos, sino por los de política menuda.

modelos y enseñanzas para la transformación revolucionaria, particularmente del Tercer Mundo. De ninguna manera el sacrificio será vano. La revolución española no debe ser estudiada como un hecho del pasado sino como una realidad del porvenir. Hay que realizar este entronque. Esta es otra revolución desconocida.

A grandes rasgos, tales eran las organizaciones, partidos y tendencias más destacados en el campo obrero mundial cuando en la Argentina se comenzó a estructurar la lucha gremial. En ese comienzo predominaron, por su número y actividad, anarquistas y socialistas. Más tarde fueron apareciendo los sindicalistas revolucionarios. Sólo algunos grupos, por ciertas actitudes y procedimientos aislados, parecían emparentarse con el peor modelo norteamericano. En parte —pero sólo en parte—, esta prioridad se explica por la composición racial de los trabajadores inmigrantes. Eran ellos quienes trasladaban —espontáneamente— unos, deliberadamente otros— las ideologías, las tácticas, los tipos de organización.

Hay quienes suelen referirse a este período desde un retroactivo, tardío y caduco punto de vista nacionalista, interpretándolo todo a través de la extranjería de aquellos militantes. Los inmigrantes, sin embargo, no constituyen una masa uniforme. Hay diferencias entre los individuos como hay diferencias entre los grupos que la inmigración constituye. Un abismo de causas, motivos, impulsos, deseos y proyectos separa al inmigrante clásico del inmigrante revolucionario e internacionalista. Puede que el primero añore intermitentemente su lejana aldea, sus cercanos parientes, sus entrañables amigos, y que estos sentimientos, así como el motivo de su estadía, lo conviertan en un extraño a los problemas del contorno. El segundo, en cambio, es un estupefacto desarraigado: ha olvidado el retorno, o nunca ha pensado en él. Integra, así, nuestra primera inmigración ideológica, y esta es la diferenciación que importa. Ellos se incorporan a la ciudad y al país como podrían haberlo hecho, quizá, en cualquier otra parte. Todos, o casi todos, se sentían internacionales, empativamente ciudadanos del mundo y compatriotas del hombre, para decirlo con la antigua frase. Esto quedó evidenciado cuando se aplicó la patriotera y reaccionaria ley de residencia bajo la presidencia de Roca: quienes conseguían descender en Montevideo regresaban a su puesto de lucha, y aun lo hicieron militantes que habían sido llevados a Europa

por la fuerza. Otra demostración de carácter más permanente la dio la militancia anarquista, triandando los caminos de la República, metiéndose en los establecimientos y en las estancias, fraternizando con nativos y criollos en los ranchos de los más distantes pueblos.

Por otra parte, todo aislamiento es básicamente falso. Nadie puede escapar a su tiempo, es decir, al tiempo del mundo. Sólo transitoria y aparentemente el aislamiento es posible, pero es una transitoriedad en la cual se está gestando la futura participación. Esto fue así en la era de la carreta, lo ha sido más en la época del ferrocarril. La Argentina, que en muchos respectos vivía mirando bobaliconamente a la más pútrida Europa, no podía permanecer al margen de esa revolución que se estaba gestando en el mundo europeo del trabajo. Sin embargo, fue necesaria esa inmigración ideológica para que las ideas y aspiraciones de esa revolución comenzaran a circular y a germinar en el informe proletariado local.

La F. O. R. A. EN EL PUERTO

Contra los planes esclavizadores de la dictadura debe intensificarse la acción defensiva que tan valientemente desarrollan los trabajadores portuarios. Los días de huelga transcurridos han confirmado que la eficacia de esa acción se debe no a las actividades llevadas a cabo en el terreno de la legalidad, sino a las tácticas de acción directa históricamente practicadas y reivindicadas por el movimiento forista. Esto está demostrado elocuentemente. Por eso es que, sobre la base de la acción directa debe proseguir la lucha, intensificándola, aprovechando cuantas posibilidades se brinden.

Los recursos legales y las tramitaciones que se vienen haciendo entre representantes cegestivos y ministeriales no son garantía para una solución relativamente justiciera del conflicto.

Dado el evidente empecinamiento de la oligarquía militar y de los sectores ultrarreaccionarios que la respaldan, en hacer triunfar los fines regresivos y de estrangulamiento del proletariado, en general, ya incubados antes del asalto al poder, no es imposible se trame la liquidación de la huelga, imponiéndose el triunfo del despotismo y de la plutocracia agropecuaria-industrial, lo que equivaldría al sometimiento más férreo de los portuarios. Y si el desenlace fuera éste, puede ya asegurarse que el plan tramado para el "reordenamiento" de los ferrocarriles se impondrá en la misma forma terriblemente draconiana y con las mismas proyecciones desastrosas para todos los trabajadores del país.

Pléñese detenidamente sobre esto: los siniestros proyectos del despotismo imperante involucran el arrasamiento de las libertades y derechos conquistados por el pueblo en cruentas luchas en lo que lleva el país de vivida historia y,

ende, despojar a los esclavos del salario de las mejoras fundamentales morales, económicas y de otros órdenes, que constituyen actualmente su más preciado tesoro y que es fruto de sus anhelos y sacrificios.

Que éstos son los objetivos perseguidos está por demás evidenciado en el ékase 2729 que el maquiavelismo dictatorial intenta imponer definitivamente en los puertos; el avasallamiento de la tradicional independencia de las universidades y pisoteamiento de las reformas liberales y derechos impuestos en contiendas contra el oscurantismo teológico y las oligarquías trogloditas, en las que tuvo participación directa el proletariado forista; en suma —en todos los atropellos contra la ciudadanía y los atentados que se siguen perpetrando contra las instituciones y postulados jurídicos que conforman lo esencial del sistema burgués, que los usurpadores de turno siguen vociferando defender.

No cabe ninguna duda, El proletariado argentino, sin distinción de tendencias y objetivos sociales, está atravesando grave y peligrosísima situación. Y menos puede dudarse que de la lucha mantenida por los hermanos portuarios depende el futuro más halagüeño o más desdichado de las falanges productoras.

Por lo tanto, únicamente abe. en momentos de tanta gravedad, imponerse como santo y seña, el deber de arrear en la contienda y no reparar, incluso, en la sacrificio; en aras de una causa tan justiciera y liberadora como lo que se está defendiendo.

Es por tan poderosísimas razones que esta Federación Obrera Local Bonaerense concita a todo el proletariado a cooperar solidaria, decidida y valientemente en la acción vindicativa de los obreros portuarios y en toda otra que emprendan con el mismo fin otros núcleos proleta-

VIVA LA HUELGA
Noviembre de 1966

VIVA LA FORA
El Consejo Local

El Arbitraje Obligatorio Liquidada el Derecho de Huelga

El 27 de agosto se confirmaron las versiones que venían circulando prácticamente desde la misma fecha en que se consumó el golpe de estado que derrotó al gobierno radical del pueblo, al dar a conocer el Poder Ejecutivo (con facultades legislativas otorgadas por el Estatuto de la Revolución) la ley 16.936 que implanta el arbitraje obligatorio en los conflictos laborales.

Para dar una idea de los alcances reaccionarios de la ley reproducimos algunos de sus artículos:

"Artículo 1º — La autoridad nacional de aplicación queda facultada para abocarse al conocimiento y decisión de los conflictos laborales, de derecho o de intereses, que se susciten en los siguientes casos:

- a) En lugares sometidos a jurisdicción nacional;
- b) Cuando por sus características excedan el ámbito jurisdiccional de una provincia;
- c) Cuando por su índole afecten la actividad económica, la productividad, el desarrollo y progreso nacionales y/o la seguridad y bienestar de la comunidad.

"Artículo 2º — La autoridad nacional de aplicación podrá someter dichos conflictos a instancia de arbitraje obligatorio. La resolución que abra la instancia de arbitraje obligatorio será irrecusable e implica de pleno derecho la intimación al cese de todas las medidas de acción directa que se hubieren adoptado, dentro de las 24 horas de notificada aquella. La notificación podrá ser personal, telegráfica, o con publicidad suficiente que asegure su certeza y fecha cierta.

Artículo 7º — En los casos de conflictos colectivos de intereses el laudo arbitral tendrá los efectos de la convención colectiva de trabajo, y un plazo mínimo de vigencia de un año".

Surge de lo transcrito que queda al criterio omnímodo del Gobierno al decidir cuándo se aplicará la ley de arbitraje obligatorio, ya que prácticamente todos los conflictos posibles están incluidos en sus términos.

En nuestro número anterior, coincidente en su aparición con la ley 16.936, sin tiempo para mayores consideraciones, decíamos:

"La sanción de la ley que establece el arbitraje obligatorio para los conflictos obreros que fue dictada en los últimos días aparece como un nuevo y fundamental eslabón en la cadena represiva que el nuevo régimen está montando.

"Sus efectos prácticos son: primero, acentuar la intervención del Gobierno en los problemas gremiales y segundo, eliminar de hecho el derecho de huelga.

"Además de lamentable resulta suicida la aceptación por parte del movimiento obrero de semejante instrumento, aunque ello no extraña si se tienen presentes los antecedentes morales y el tradicional servilismo de los sedicentes dirigentes de todos los sectores".

A lo dicho entonces nada tenemos que agregar ahora, porque si bien es cierto que algunos sindicatos —ferroviarios, gráficos, etc.— y aún la C.G.T., han emitido declaraciones contrarias a la ley que nos ocupa, en las que destacan que anula el derecho de huelga y los convenios colectivos de trabajo, también es cierto que hay muy poca o ninguna predisposición a pasar al terreno de los hechos en defensa de las conquistas referidas. Es que a los dirigentes sindicales les interesa primordialmente la

cuestión del predominio en la C.G.T. y se encuentran abocados a la preparación de un congreso (probablemente celebrado al aparecer estas líneas) en el que esa cuestión quedará (o no) solucionada.

Como un índice afirmativo de lo que dejamos expresado sobre el poco interés demostrado por los dirigentes sindicales en oponerse efectivamente a la nueva ley, tenemos el hecho de que son más numerosas las declaraciones aplaudiendo —en maniobra probablemente orquestada de antemano— a los "héroes patriotas" que "invadieron" las Malvinas, que las de repudio, muy tibio por cierto, a la ley de arbitraje obligatorio, e incluso es visible la probabilidad de un paro si los mencionados elementos son objeto de un proceso judicial, mientras que ni por equivocación se corrió versión parecida con respecto de la ley de marras.

Nos ocuparemos en esta oportunidad solamente de la decapitación del derecho de huelga, sin ocuparnos de lo que atañe a los convenios colectivos de trabajo, no porque creamos en la poca importancia de éstos, sino porque le otorgamos manifiesta prioridad a aquél, ya que en buena medida, entre otras cosas, posibilita —con su amenaza o con su efectivización— la concreción de los convenios.

Evidentemente es lamentable la situación del movimiento obrero argentino, que no reacciona ni ante la anulación de la principal arma, de importancia fundamental, que tienen los trabajadores para mantener y acrecentar conquistas de carácter particular para ese sector y aún de carácter general para toda la sociedad.

La huelga es utilizada desde hace muchísimo tiempo —se dice que la primera huelga fue provocada por los esclavos que erigieron las pirámides egipcias—, pero recién con la aparición del moderno movimiento obrero se hicieron frecuentes, sacando carta de ciudadanía con la Primera Internacional y en especial modo con el sindicalismo, nueva forma de organización obrera surgida en Francia a fines del siglo pasado.

En nuestro país todas las tendencias del movimiento obrero, desde la más revolucionaria hasta la más reformista —con la excepción, probablemente, de las de confesión católica— han recurrido y recurren habitualmente a la huelga para lograr sus fines.

Mayores salarios, disminución de jornada laboral, mejoras en las condiciones de trabajo, solidaridad con víctimas de la reacción nacional e internacional, oposición a despidos, etc., son algunas de

las múltiples causas que dan pie a que los trabajadores se declaren en huelga.

Es cierto también que a veces los motivos de las huelgas están en contradicción con los enunciados precedentes, dándose casos de haberse realizado en favor de reaccionarios ideales políticos y aun del gobierno de turno; esto es válido especialmente desde el surgimiento del peronismo. Desde entonces —anteriormente se daba el mismo fenómeno, pero en menor proporción— la gran mayoría del movimiento obrero ha perdido su esencia liberatriz y mamumisora, convertido en campo de actuación de arribistas y demagogos.

Pero, si se hace balance entre los elementos negativos y los positivos de las huelgas, es evidente que el platillo se inclina abrumadoramente para el lado positivo; baste como ejemplo verificar el mejoramiento del standard de vida de la clase proletaria, ocurrido desde principios de siglo —el ejemplo puede ser mucho más cercano— hasta la actualidad; dicho sea esto sin darle a las huelgas carácter milagroso, ni exclusivo, sino valcrándolas en su justa medida como una manera capaz de doblegar la resistencia patronal y/o estatal.

Pasando brevemente, antes de finalizar, al aspecto legal del asunto, diremos que la convención reformadora de la Constitución, reunida en 1957 en Santa Fe, incluyó entre las reformas aprobadas el "derecho de huelga" que posteriormente mediante una reglamentación fue mediatizado y despojado de toda espontaneidad, ya que a raíz de la incorporación de la denominada conciliación obligatoria por 15 días hábiles, prorrogables por otros 5 días, las partes en conflicto deben abstenerse de efectuar medidas de fuerza.

En lo que se refiere al arbitraje, hasta la aparición de la ley de arbitraje obligatorio, tenía lugar solamente a pedido de los sectores patronal y obrero y resolvía sobre los puntos que estos especificaban, es decir, era optativo y limitado.

Pero, lo que en realidad interesa, pasando sobre el aspecto legal, es la defensa del derecho legítimo —lo legítimo y lo legal no siempre coinciden, por el contrario muchas veces se contraponen— que tienen los trabajadores a utilizar un arma de lucha fundamental para el logro de sus legítimas aspiraciones. Esto no quiere decir, que la huelga en sí sea una panacea; para acrecentar sus posibilidades de éxito, hace falta mente esclarecida y buena organización.

